

La salvación se ha llevado a cabo por designio divino en el seno de un pueblo, el pueblo de Israel, y en el marco de una tierra, la tierra de Israel, con su centro de gravedad en Jerusalén como ciudad santa. A este pueblo perteneció Jesús y en esa tierra desarrolló su vida y su predicación. El Papa Juan Pablo II recordaba estos datos al anunciar la celebración del Jubileo en Roma y en Tierra Santa: «Con igual dignidad e importancia el Jubileo será, pues, celebrado, además de en Roma, en la Tierra llamada justamente “santa” por haber visto nacer y morir a Jesús. Aquella Tierra, en la que surgió la primera comunidad cristiana, es el lugar donde Dios se reveló a la humanidad. Es la Tierra prometida, que ha marcado la historia del pueblo judío y es venerada también por los seguidores del Islam» (Bula *Incarnationis Mysterium*, 29-XI-1998). La finalidad de este *Cuaderno* es brindar una mirada más profunda sobre la Tierra de Jesús, y colaborar a conocerla y a valorarla más.

El primer trabajo de Joaquín González Echegaray, *La Jerusalén que vio Jesús*, da una visión panorámica de la Ciudad Santa: sus murallas, sus palacios, el templo. La arqueología y la historia han aportado en estos últimos años datos suficientes para tener una idea bastante certera de la fisonomía urbana, de los lugares más frecuentados y del ambiente social que respiró Jesús.

La historia de Jesús, que siempre ha interesado a los cristianos, ha saltado en nuestros días al primer plano de la atención científica generalizada. El trabajo de Francisco Varo, *Hablar hoy de Jesús en Teología*, da respuesta a las cuestiones más acuciantes y actuales que se plantean los hombres de nuestro tiempo.

La tierra, además de un territorio concreto, es un don de Dios y, por tanto, ha tenido y tiene una consideración teológica importante: tierra santa, tierra prometida, herencia divina, etc., son apelativos que aparecen una y otra vez en la Biblia. En esas páginas abordo el tema de *La teología de la tierra pro-*

*metida* como directriz de la exégesis de los dos últimos siglos, y como espina dorsal de la enseñanza bíblica.

Por último, Gonzalo Aranda reflexiona sobre la *Dimensión escatológica de la tierra*. Con el paso de los años y el impulso de la fe, la tierra fue adquiriendo un significado simbólico que sobrepasa la mera realidad geográfica. La tierra prometida vino a ser imagen de la salvación definitiva que Dios ha prometido a todos los hombres y símbolo de la vida eterna a la que todos están llamados.

Así como la Palabra de Dios en la Biblia contiene el diálogo permanente de Dios con el hombre, la «tierra» refleja el lugar de encuentro del hombre con Dios, porque allí tuvo lugar la Encarnación y la Redención. No es sorprendente el canto gozoso del Santo Padre cuando en su peregrinación reciente tocaba tierra israelí: «Con profunda emoción, piso la tierra que Dios escogió para “poner su tienda” (Jn 1,14; cf. Ex 40,34-35; 1 R 8,10-13) y permitió al hombre encontrarse con Él de modo más directo» (*Discurso en Tel Aviv*, 21-III-2000).

Santiago Ausín